

FRENTE A LAS VÍAS

Encuentro

Al entrar en la estación, en el borde del andén, veo a una mujer como yo. Nos parecemos mucho. El pelo, la altura, el ancho de hombros. Incluso el jersey. Azul, como ese que tengo y tanto me gusta. Ajena a todo. Leyendo un libro con las gafas de cerca. Igual que hago cuando espero al tren. Asustada pienso, no, no es posible, si no es ante el espejo, una no puede estar y verse a la vez.

Debería alejarme. Tan solo tendría que caminar hacia el otro extremo del andén, y dejar la impresión de haberme visto en una anécdota más que contar a los amigos. Pero nos parecemos demasiado.

Es hora punta, el tren no llega y los viajeros siguen llenando el andén. Poco a poco, me abro paso entre la multitud para colocarme a mi lado, hombro con hombro. Frente a las vías. Miro de reojo y no me cabe duda. Soy yo. Me observo con detenimiento. Tan absorta estoy en la lectura que ni siquiera la mirada insistente que tengo encima, consigue distraerme.

La pantalla de la marquesina informa, Próximo tren: 1 minuto. El gentío, rodeado de un silencio incomodo, oscila sobre sus pies levantando la vista una y otra vez, hacia ese '1' estático que parece haber detenido el tiempo para siempre.

Un minuto a mi lado, mirándome con disimulo. Tratando de no desconcentrarme de la lectura, aunque el ruido del tren, al fondo de la vía, me invita a guardar el libro y prepararme para su inminente llegada. Frenando, se desliza ruidoso. A mis espaldas noto a la gente que se amontona y me empuja. Esperan que el azar les sitúe frente a alguna de las puertas. Pero este me elige y detiene una a mis pies. El tren resopla. Alguien pulsa el botón de apertura para que podamos subir. La mujer que tengo al lado se monta primero y, desde arriba, se gira para mirarme. Es tan parecida a mí que me asusta. El miedo me paraliza. No, no puede ser, pienso. Me tiende la mano y, ante ese gesto, intento retroceder, pero la gente me lo impide. Al final, me evitan y acceden. La marea humana la arrastra hacia el fondo del vagón. Me hace señas para que suba. Pero soy incapaz de moverme. El fuerte sonido del silbato acalla murmullos y roces. Las puertas se cierran y el

tren se pone en marcha. Y me quedo así. Montada en el vagón, rodeada de gente que apenas me deja espacio y, al mismo tiempo, en el andén, mirando ese tren que se empequeñece al fondo de la vía y que me lleva a un destino diferente al mío.

Separación

He debido tener una alucinación. Es imposible estar en dos sitios a la vez. Sin embargo, ha ocurrido y ella, que no es otra que yo misma, se aleja de mí. Ojalá se pierda entre el gentío de los trenes. Llevo toda la vida sin saber que existe y nunca la eché en falta. ¿A cuento de qué aparece de pronto? ¿Y si vuelvo a encontrarla? ¿Qué pasará? Podría empujarla a las vías y dejar todo como estaba. Aunque, si cae ella, caeré yo. A fin de cuentas, somos la misma persona.

Buscando el reencuentro

El traqueteo se acelera con la velocidad. Los viajeros tratan inútilmente de hacerse hueco y de no cruzar su mirada con la de nadie. Noto la respiración de una persona en la nuca y apenas tengo sitio para subir una mano y, así, poder retirarme el pelo de la cara. Me he asustado. Por eso no he subido al tren y me he dejado marchar sin tan siquiera darme la oportunidad de comprender por qué una parte de mí no está conmigo. Me imagino arrepentida, deseosa de montar en el siguiente e ir en mi busca. Sí, me bajaré en la próxima y allí esperaré. En el andén. Y volveré a verme en el vagón. Como antes.

El convoy se adentra en la estación con su ritual de frenos y resoplidos. Cuando se detiene, las puertas se abren. El paso que dejan, parece una boca gigante por la que escapar cuanto antes. A empujones, intentamos salir de los primeros y con prisas, ir hacia la salida. Salvo yo, que me quedo clavada en el andén a esperar al siguiente.

Huyendo de mí misma

Sí, ha pasado y la que me miraba y tendía la mano desde el vagón no era otra que yo misma. Como si mi imagen se hubiera escapado del espejo y me hubiera seguido hasta la estación. Era ese otro yo, el altanero, el que se cree que todo lo sabe. Tendiéndome la mano y animándome a subir al tren. Como si fuera capaz de enfrentarme a mí misma. Ahí. Delante de todo el mundo. No. Imposible mirarme a los ojos sin echarme a temblar, ni

aceptarlo así, como si tal cosa. Mejor alejarme y dejar la impresión de haberme visto en una anécdota más que contar.

En la pantalla del andén contrario leo que faltan siete minutos para la llegada del próximo tren. Antes de que el jefe de estación me lo impida, me dirijo al paso a nivel y atravieso las vías. Si viajo en la dirección contraria estaré a salvo. Un silbato suena y llega el convoy sin apenas viajeros. Tras abrir las puertas, subo. Puedo escoger y elijo un asiento junto a la ventana. Ahora prefiero mirar el paisaje y dejar el libro y las gafas para otra ocasión. Lo que ha ocurrido no me dejaría leer. Y en medio de algún párrafo, estaré pensando en mí. Montada en otro tren y yendo en dirección contraria.

Esperándome

Aunque estoy frente a las vías, mi mirada se dirige una y otra vez a ese punto lejano donde parecen juntarse. Quiero ver llegar al tren donde, sin duda, volveré a encontrarme. El corazón me late deprisa, pero ya no es por miedo. Ahora es la curiosidad la que me impacienta. La misma que debo tener en este momento, mientras viajo en mi busca.

Es tal la presión que todo parece irreal. Como en esos sueños en que las imágenes se distorsionan y los pasillos, andenes en este caso, se estrechan y curvan. La gente, demasiado escasa para la hora que es, se desplaza como fantasmas, flotando sin pies. Alargados, vestidos con faldones que se difuminan en el suelo. Pasan a mi lado, se giran para mirarme, aunque las cuencas de sus ojos estén vacías. Me quedo paralizada, al borde del andén, dándoles la espalda, frente a las vías. Entonces pienso que me empujarán por detrás haciéndome caer justo antes de que llegue el tren. Pero el fuerte sonido del silbato lo vuelve a dibujar todo como es en realidad, los andenes enderezados, las personas reales, todos mirando al fondo de la vía, atentos a la inminente llegada.

Enseguida, frente a mis ojos, se deslizan un sinfín de ventanas y puertas que, pese a que lo intento, no puedo ver qué hay tras ellas. El tren se detiene y, sin que nadie me empuje ni moleste, abro las puertas. Miro, pero no estoy. Tal vez en otra zona del vagón. Subo para comprobarlo. Hay pocos viajeros pero ninguno de sus rostros es el mío. El silbato avisa del cierre de puertas. El tren suspira de forma exagerada cuando se pone en marcha. No comprendo que ha pasado. ¿Por qué no he venido en mi busca? Estaré en

otro de los vagones. Todavía con la ilusión de encontrarme, me pongo a recorrer el tren en toda su longitud.

No, éste no es mi destino

Tras la ventana, se extienden llanuras áridas e interminables. Plagadas de carreteras y torres de electricidad. Parecen existir tan solo para separar una estación de otra. Y pese a los kilómetros, paradas y cambios de pasajeros, no consigo borrar esa imagen mía, desde el vagón, mirándome y con la mano tendida. Sigo asustada. Y más cuando me veo ahora, viajando sin rumbo. Y no puedo dejar de preguntarme en qué estaré pensando mientras voy en otro tren y en dirección contraria.

Por megafonía anuncian que la siguiente estación será la última. El tren aminora la velocidad. Estoy sola en el vagón. Excepto yo, nadie ha tenido la necesidad de viajar tan lejos. De recorrer estos últimos kilómetros que discurren por la ladera de una montaña brumosa. Las nubes, densas, están tan pegadas al suelo que no me dejan ver qué hay detrás. Las ruedas chirrían en las curvas. El silbato suena sin cesar, en un intento de hacernos visibles en la distancia.

De pronto, todo se hace irreal. El vagón se alarga y estrecha. Pierde rigidez, como si se hubiera convertido en plástico recalentado. Por la puerta del fondo, esa que comunica unos vagones con otros, aparecen personas con el rostro desdibujado. No caminan. Se deslizan sigilosos por el pasillo central. Me asustan y hacen que me acurruque en el asiento. Temo que ellos también me tiendan la mano y me obliguen a acompañarles. Pero no, pasan de largo y desaparecen justo cuando el tren, con el último frenazo, resopla, suspira y recupera su forma real.

La estación es vieja, de ladrillo oscuro, en medio de la nada, sin marquesinas, pantallas o megafonías. Las puertas se abren aunque nadie ha pulsado el botón de apertura. Temo que las sombras vuelvan y, apresurada, me bajo. Un revisor, enjuto y de bigote estrecho, me espera en el andén. Me pide el billete. Le enseño el que tengo y lo rechaza, dice que no es válido para este trayecto. De reojo, se gira brevemente hacia ambos lados. Mire señora, haré como si no la hubiera visto, le escucho decir, suba de nuevo al tren y

regrese, deprisa, está a punto de partir. Me nota asustada y vacilante por lo que añade, no tema, este tren siempre vuelve de vacío.

Cansada de buscarme

Las puertas se abren frente a un andén de la Estación Central de Ferrocarriles. Me apeo del tren enfadada conmigo misma. He recorrido vagones, andenes, trenes y estaciones, y nada. Incapaz encontrarme. Ha vuelto a florecer ese otro yo. Ese que actúa por su cuenta, desoyéndome y dejándome comprometida con lo que he dicho o hecho. Como en esta ocasión que, claramente, huyo de mí misma. Escondiéndome, evitándome. Como si eso fuera posible. Y sin poder pedir ayuda. ¿Quién iba a crearme si digo, oiga, por casualidad no me habrá visto por ahí? Pensarán que estoy loca y puede que sea así. Porque, la verdad, esto es de locos.

De vuelta

Tal y como dijo el revisor, el tren vuelve de vacío. Lo he recorrido de principio a fin y soy la única pasajera. Tras las ventanas, no hay niebla. El sol luce sobre los bosques que flanquean el balasto de la vía. Ahora circula ligero, cuesta abajo. A velocidad moderada por las curvas que, de vez en cuando, aparecen en el recorrido.

Me dejo caer en un asiento a contemplar el paisaje. Despejado y nítido. Atrás quedaron las brumas y los fantasmas. Descendemos la montaña con suavidad, da la impresión de que el mundo, de repente, estuviera exento de preocupaciones. Igual que yo, que tras regresar de las sombras, parece que lo que tanto me asustó, ya no existiera. Como si todo hubiera sido un lapsus que cualquiera puede sufrir. Sin embargo, algo en mi interior me dice que no, que no me engañe, que todo tiene un porqué. Y que en vez de huir y esconderme, debería hacer por enfrentarme a mí misma. Sin miedo. Escapar no tiene sentido. Tarde o temprano, volveré a encontrarme.

Tras la ventana, la montaña y los bosques han dado paso a la llanura. Despacio, entramos en la siguiente estación. Trato de buscarme en las personas que están en el andén, pero no estoy entre ellas. Apresurados, se montan y cada cual escoge el asiento que más le gusta. Silbato, cierre de puertas y partida. El traqueteo del tren vuelve a inundar el vagón y los pasajeros se quedan ensimismados.

El luminoso que hay encima de las puertas informa que el destino final de este tren es la Estación Central de Ferrocarriles. Sí, también será el mío. Me conozco y sé que en ese lugar me encontraré y, a su vez, estaré esperándome.

Fin de trayecto

La Estación Central de Ferrocarriles es muy antigua. Se alza sobre arcos y pilastras de hierro hasta una cubierta plagada de vidrios transparentes. Las vías aguardan a los trenes que anuncian su llegada con silbatos y resoplidos. Ruidosos, se deslizan hasta chocar contra los topes que, colocados al final de los andenes, interrumpen su recorrido.

Cuando era pequeña, mis padres, a veces, me traían aquí. Era emocionante. Tanto si había que recibir a alguien como despedirle. Y si éramos nosotros los que emprendíamos un viaje, la emoción se multiplicaba por mil. Recuerdo al personal de la estación, con sus gorras rojas, y a los mozos, recorriendo los andenes con las carretillas cargadas de equipajes. No había grandes paneles, como ahora, y para encontrar información había que preguntar a muchas personas. Solo así podías llegar al andén que ibas buscando. A mí me encantaba observar todo aquello mientras imaginaba historias de grandes viajes y aventuras. Jugando, me movía entre lo real y lo irreal y eran mis padres los que me hacían volver si notaban que lo que no existía me absorbía por completo. Me reclamaban por mi nombre, en tono autoritario y protector, y yo, a regañadientes, abandonaba mis juegos y corría a cogerme de su mano, procurando, así, no volver a alejarme del mundo real.

Sin embargo, ellos ya no están y no hay nadie que me reclame. Solo yo. Camino por andenes, vestíbulos y pasarelas, igual que cuando era pequeña. Buscando lo irreal entre lo que sí existe. A veces, creo verlo, en mí misma, caminando perdida por la estación y voy a mi encuentro, mas siempre se trata de otra persona. Otra que, tal vez, también esté buscándose a sí misma.

Cansada de deambular, me dejo caer sobre el banco de uno de los andenes. Frente a las vías. Ajena a todo. Con los ojos casi cerrados y la cabeza gacha. Entonces recuerdo a mi gran aliada, la lectura. Esa que me apacigua y evade. Sí, leeré un rato, pienso, y es posible que después sepa qué hacer.

Es al coger el libro cuando me doy cuenta. La mujer que se sentó justo a mi lado y al mismo tiempo que yo, también se agacha a por el bolso. Entre nosotras parece haber un espejo. Girar la cabeza y verse es extraño. Te reconoces pero también reconoces a la otra. La que, en ocasiones, te anula y obliga a hacer cosas de las que luego te arrepientes. Esa que al final, te deja inventando excusas que no son válidas ni siquiera para ti. Dan ganas de arrojarla a las vías.

Sin embargo, no todo es odio, también hay amor en la mirada. Y dan ganas de perdonarse y olvidar. De continuar el viaje, real o imaginario, que aún está por concluir. Y abrazarse. Y darse consuelo. Por eso levanto la mano, despacio, hacia la cara que tengo enfrente, mi cara. Apenas me he rozado cuando todo empieza a convertirse en pesadilla. El andén se ondula como una alfombra mágica, los ruidos de la estación se alejan en un eco lejano, las personas se difuminan y la atmósfera se cubre de niebla. Al fondo de la vía, aparece una locomotora de vapor, tan antigua como la propia estación. Va tañendo una campana que atrae a los fantasmas, que llegan al andén en oleadas.

Y con los fantasmas, el miedo. Me acurruco en el banco, acercándome más y más a la mujer que tengo al lado. Cierro los ojos. Escucho al tren, que resopla en cuanto se detiene. Cautelosa, levanto la mirada. Me busco alrededor y no estoy. Solo yo con mis dudas y determinaciones, con mi arrojo y timidez, en definitiva, sola con todas mis contradicciones. Nos hemos convertido en una, pienso, la que nunca debería haber dejado de ser.

Un revisor baja al andén. Enseguida, se cala la gorra roja y aguarda a un lado de la puerta. Sujeta un banderín bajo el brazo y abre una libreta de tapas negras. Los fantasmas, entonces, se le acercan, deslizándose, apenas rozando el suelo con sus faldones difuminados. Esperan turno con paciencia y, tras consultar en la libreta, les va dejando subir. El tren parece sacado de un museo. Algunas ventanas, con los visillos echados, no permiten ver el interior de los compartimentos. Otras, en cambio, están abiertas y por ellas asoman algunos fantasmas. De pronto, los veo, haciéndome señas para llamar mi atención. Me tienden la mano y me animan a subir. Los conozco. Mis padres, abuelos, algún amigo. Les dije adiós en el cementerio, cuando, en realidad, era aquí, en la estación, donde tendría que haberles despedido. Agacho la cabeza,

confundida. La respiración se me espesa al ver que mis piernas han desaparecido. En su lugar, un faldón que se difumina al llegar al suelo. Levanto la mirada al escucharlos, con sus voces roncas y, a su vez, familiares. Me reclaman. Ellos, que me quisieron y quieren. Por mi nombre, para que les acompañe y no siga dando vueltas en trenes que no van a ninguna parte. Me quieren, han venido a buscarme, para que no viaje sola, para que nunca más esté sola.

Me levanto vacilante, insegura de la nube que me ha desdibujado los pies. Desde las ventanillas, ellos me señalan la puerta, al final de vagón. Al moverme, mi cuerpo, medio etéreo, se desliza sin apenas ruido. Ya no quedan fantasmas en el andén. El revisor, impaciente, saca un reloj del bolsillo de su chaleco. Me coloco frente de él. Lo reconozco, es el revisor de esta mañana, enjuto y con el bigote estrecho.

Me pide el billete. No tengo, contesto, no sabía que lo necesitara. De reojo, se gira brevemente hacia ambos lados. Mire señora, le escucho decir, haré la vista gorda, si quiere, suba al tren, deprisa, está a punto de partir. Me nota asustada y vacilante. Entonces, garabatea algo en la libreta, arranca la hoja y me la entrega. Tenga, un billete para este tren, va sin fecha, podrá utilizarlo hoy o cualquier otro día. Y no se apure, tarde o temprano, tendrá que hacer este viaje. Nadie se queda sin realizarlo. Desde las ventanillas ya no me reclaman. Como si mi indecisión les hubiera acallado. El silbato del tren emite fuerte y prolongado. Alguien tañe una campana. Señora, nos vamos. Y yo, aún con dobles intenciones, esas que de siempre, me impidieron avanzar. El revisor extiende el banderín y se monta. La locomotora se pone en marcha, despacio. Todavía podría montarme.

Con el avance del tren, la estación vuelve a dibujarse como es en realidad. El andén se estira, la megafonía empieza a escucharse y la niebla, poco a poco, se disipa. Desde la ventanilla, me miran expectantes. Y entonces, querría correr, aprovechar esta última oportunidad para ir con ellos. El revisor desde la puerta me mira. Recuerdo sus palabras, tarde o temprano, hará este último viaje. El tren, aún despacio, se va alejando envuelto en vapores y nieblas. Mientras, alrededor, la realidad regresa con sus trenes y pasajeros que llegan o van. Con destinos concretos, lugares en los que puede que aún no haya estado y que todavía podría conocer.

Un joven camina al borde del andén hacia a mí. Al llegar a mi lado me agarra con fuerza del brazo. Señora, me dice, ¿se encuentra bien? El tren antiguo se pierde en un túnel, al fondo de la estación. Miro al joven que me sonrío y sin soltarme del brazo, añade, casi se cae a las vías. Agacho la cabeza para mirar al suelo. El chico calza unas deportivas blancas de gran tamaño y mis pies han reaparecido. Puedo pisar firme. Gracias, me encuentro bien, contesto. Solo entonces me suelta el brazo. Vuelvo a agradecerle su atención y me alejo. En la mano aún llevo el billete de tren, sin fecha ni destino. Lo guardo entre las hojas del libro, desde hoy lo utilizaré de marcapáginas. Allí estará el día que el revisor vuelva a pedírmelo. Mientras montaré en otros trenes, tan solo por placer, dejando atrás las persecuciones y huidas. Aún me quedan muchos kilómetros por hacer y, aunque viajar con uno mismo no es fácil, sabré aprovechar cada centímetro que recorra. Las taquillas están abiertas y, por suerte, el marcapáginas podré utilizarlo aún durante mucho tiempo.

L. Anciano